

Flirt

30 cts.

Núm. 11

CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS GALANTES

La fotografía galante ha sido mistificada en España por nuestros editores que, sin otra consideración artística que el lucro, han alimentado los bajos apetitos de los extraviados lectores con clisés obscenos...

Esta Revista no erótica, sino finamente galante, se propone purificar este difícil género de la *fotografía galante*, a cuyo efecto brinda, mediante este Concurso, las páginas de esta Revista a sus lectores, los cuales podrán publicar sus composiciones fotográficas, sin otra condición que la indispensable del buen gusto, dentro del carácter marcadamente galante de esta Revista, quedando el asunto del tema a su libre elección.

Nos reservamos, como es consiguiente, el derecho de publicación, y no sostenemos correspondencia acerca de las composiciones admitidas o rechazadas.

En el próximo número publicaremos las bases de este concurso.



RESISTENCIA

Dibujo de D'Hoy.

— Que no, hombre, que no; no sea usted pesado.
— ¡Caramba! El pecho de cristal de las niñas, que decía Campoamor, debe haberse esmerilado.



A LO QUE ESTAMOS

Dibujo de D'Hoy.

—Estáte quieto, Agapito, ¡déjame!
—Bueno, mujer, pero convéncete de que estas columnas son mejores que las del nuevo arancel.



CHARLA DE HOTEL

Dibujo de YAYO.

ELLA.—Me parece mucha coincidencia que a Luis y a Totó les hayan reservado la habitación número 69.

EL.—¡Bah! El Maitre sabe bien sus gustos. Ha sido su camarero durante mucho tiempo.

SUSCRIPCIÓN: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.—AÑO 15 PESETAS

ÑATON TRIUNFANTE

Este odioso pecado me hace pensar en aquel Ñatón de las *Pastorales* de Longo, criado de Astilo, que concibió por el precioso Dafnis un deseo inadmisible... He buscado en la biblioteca el texto original de *Dafnis y Cloe*. No hay lectura prohibida cuando se hace en lengua griega o en latín. Longo, Aristófanes, Luciano, Ovidio y Apuleyo figuran entre los autores más consultados en el convento.

Dafnis, ya instruido por la hetaira Licenión, sabe rechazar las proposiciones repugnantes del criado de Astilo. Este viene por la noche a la majada, a punto que el gentil cabrero retorna con su rebaño. Lo besa y le dice:

—Yo me ofrezco a ti como la cabra al macho cabrío...

Dafnis tarda algunos instantes en comprender. Acaso no comprende del todo.

Y al fin replica:

—Es bien natural que el macho cabrío engarce a la cabra, pero no he visto nunca que un macho cubra a

otro macho, ni un carnero a otro carnero, ni un gallo a otro gallo, en lugar de cubrir a las ovejas y las gallinas.

Este argumento natural, el más fuerte de todos, no convence al pegajoso Ñatón. «Pero Dafnis—explica Longo—le rechaza con rudeza, le deja tendido en el suelo y vase corriendo como un lebrelo.»

Más tarde, el borracho y sucio Ñatón, se dirige a su amo, le confiesa su deseo y le pide que le regale a Dafnis. Astilo es el señor de los padres de Dafnis y podría apoderarse del pastor. En ese episodio de las *Pastorales*, se escuchan, en boca de Ñatón, los argumentos mitológicos que nadie ignora: Branco era pastor de cabras y fué seducido por Apolo; pastor era también el rubio Ganimedes, y Júpiter, metamorfoseado en águila, lo raptó... Luego ese vicio infame es un placer de dioses.

Yo me atengo al Génesis. Y así, en nombre de Jehová, he juzgado y castigado el crimen contra naturaleza y contra amor de un penitente ilustre. El marqués de Tenfis adolecía del vicio de Ñatón. Prendóse de uno de sus criados jóvenes, un mancebo, al parecer hermoso y



MUSEO GALANTE

Este maravilloso cuadro del Tiziano representa a la frágil Dánae en su lecho, guardado por el cancerbero de un erótico perrito. Júpiter, convertido en «lluvia de oro», penetra en el íntimo aposento para gustar del más delicioso de los siete pecados capitales. Bien. El encanto de este cuadro no reside en su mérito artístico, con ser tan grande, sino en el símbolo que encierra... Toda esa fauna pintoresca de caballeros opulentos en el crepúsculo de su vida, y por lo tanto al margen del amor por su barriga y por su calva—banqueros, grandes propietarios, nuevos ricos—le deben a Júpiter tonante esa martingala: penetrar subrepticamente en las íntimas alcobas de las pérfidas Dánaes, convertidos «en lluvia de oro»...

cuya cabellera recordaba «la flor del jacinto», como la del amante de Cloe. Este mancebo, a su vez, adoraba a una damisela de un rango superior al suyo, y que, por tal razón, le desdenaba. Y, he aquí la inconcebible añagaza que tramó el marqués... Si su criado accedía a sus deseos, a todos sus deseos, dejándose acariciar como Ganimedes por el padre Júpiter, él le proporcionaría el medio de satisfacer plenamente el amor en que se consumía por la orgullosa doncella.

Accedió el mozo. Entonces el marqués hizo una corte rápida a la damita, y, previa la dote y los regalos espléndidos, la obtuvo en matrimonio. A pesar de su edad pareció agradar a su esposa. El marqués era uno de esos viejos pulcros y aristocráticos que suelen no disgustar a las muchachas frívolas. Era además, muy artista y su conversación constituía un encanto.

Los marqueses fueron a pasar a una de sus quintas la luna de miel. Entre la servidumbre se destacaba un zagal hermosísimo, pero rudo, tostado por el sol y violento como un potro. El marqués, mostrándolo a su mujer, dijo, en son de broma:

---Se lo disputan todas las muchachas del contorno.

Ella hizo un gesto de asco:

---Así parece. En varias ocasiones se ha atrevido a mirarme. Me repugna y te agradecería que lo mandases fuera de aquí.

---Lo mandaré.

Y el noble respiró satisfecho. Había temido que ella se enamorase del zagal y que ambos pudiesen desaparecer un día.

Entonces, a solas con el muchacho, determinó lo que debía hacerse.

---Tú no andes nunca por el jardín. Pasa el día en el pabellón de caza, donde yo iré a verte. Por las noches te esconderás en mi alcoba. Yo, con diversos pretextos, saldré de la habitación de la marquesa y tú vendrás a ocupar mi sitio durante una hora o dos. Una vez allí satisfarás tu triste capricho. Yo la haré creer que el amor es un rito silencioso; de suerte que no hablarás. Usaremos el mismo perfume. Y un gorro de tela barnizada,

ceñido a tu cabeza, imitaré mi calvicie, porque en manera alguna quiero que desaparezcan tus cabellos ensortijados...

Tal como fué convenido se realizó el fraude. El marqués fingió cerca de su esposa extraordinarias manías: odiaba la luz artificial y el sonido de la voz durante todo el tiempo de la ofrenda amorosa. Y todas las noches, antes y después de amarla, realizaría un acto de purificación y otro de acción de gracias, en su oratorio, en mística y honda soledad. Ella era inocente, sus vestidos y joyas la hacían muy feliz, y no hallaba sinsabor alguno en tolerar las extravagancias de su esposo.

El zagal pasaba cada noche una hora entre los brazos de la marquesa y otra hora entre los brazos del marqués. Era, a un tiempo, el más dichoso y el más desdichado de los amantes. Su repugnancia por el prócer depravado era más profunda cada día. Y cada día más arrebatada su pasión por la dama. Decidió, pues, a la vuelta de grandes cavilaciones, decirle a ésta la verdad, la verdad abominable, y proponerle la fuga...

Así lo hizo. Pero ella—que estaba en ese período post-virginal en que el hombre es todavía para las mujeres un verdugo—se volvió loca de vergüenza.

Como si el fuego de un volcán la persiguiera, huyó de la alcoba, de la casa, atravesó el jardín y la huerta, salió al campo, y, dando pavorosos gritos, se precipitó a un torrente. El mozo enamorado descubrió su cadáver y, con su cuchillo montañés, se abrió las venas junto a él. Desenlace que no habría disgustado a Shakespeare.

Cuando el culpable hubo terminado su confesión, le dijo:

—Tu crimen es demasiado horrendo. Crimen contra naturaleza y contra amor. Prostituíste al mozo y acarreaste la muerte de dos seres que, sin tu odiosa influencia, habrían vivido y amado como manda Dios. Vete. No puedo perdonarte...

Fuese triste y meditabundo. Pero concluyó sus días imitando a atón.

Alberto Insúa

LA VIEJA ESPAÑA GALANTE, POR

FELIPE II Y LA PRINCESA DE EBOLI

No todo fueron luctuosas negruras y resplandores de las hogueras del Santo Oficio en el sombrío y tortuoso reinado del hijo del César, que también las llamaradas de Cupido alumbraron de vez en cuando las cámaras íntimas del viejo Alcázar. De muchas damas de la más encopetada nobleza se sabe que suspiraron de amor, cierto o bien pagado, en los regios brazos, que sólo parecían dispuestos a abrazar la cruz en que expiró el Redentor o a extenderse rígidos e inexorables sobre el pueblo que regían.

Mas entre todas aquellas cortesanas ninguna triunfó como la hermosísima doña Ana de Mendoza y de la Cerda, condesa de Mérito por herencia paterna, y princesa de Eboli y duquesa de Pastrana por su matrimonio con el prócer don Ruy Gómez de Silva.

DIEGO SAN JOSE

Su Majestad, tan buen católico y fiel observador de los mandatos de la Iglesia, no tuvo escrúpulo alguno en poner a su alcornicado vasallo en trance de ser rejoneado en el coso, con motivo de alguna fiesta cortesana.

A su vez el sufrido magnate, como parece que medraba con su pasividad, hacia oídos de mercader, como dicen, a las lubricidades de su *oista* y a los antojos del monarca. Sin duda adelantábase unos años a aquella quevedesca reflexión que dice:

Más cuerno es el que paga que el que cobra.

Pero la revoltosa princesa, que a pesar de ser tuerta incendiaba las pasiones con el ojo bueno, dando ocasión a que siglos más tarde hiciera el P. Arolas a su costa su mejor madrigal, placiale el ser a una vez dama de muchos galanes, y, así, mientras don Felipe enfrascábase en los asuntos del gobierno o imbuíase

en sus devociones, ella era *sota* en las barajas amoratorias de los secretarios Antonio Pérez y Juan de Escobedo, quienes a la postre hubieron de pagar muy caro el capricho de burlar a su dueño y señor, revolcándose con su coimilla más querida.

El soberano, que en todas sus cosas era enérgico y terrible, en este pleito en que había sacrificado la voluntad al corazón, se dejaba traer y llevar como un falderillo, y era cosa de ver cómo quien no había consentido las imposiciones del Papa, sufría los caprichos y veleidades de la deshonesta doña Ana.

Hubo una vez en que queriendo reducirla por el rigor púsola bajo la guarda monástica de la madre Teresa, que por el entonces comenzaba la peregrinación de sus fundaciones; pero no era su excelencia mujer que se dejase llevar de tutorías ni consintiese requisitorias en su vivir privado y estuvo muy a punto de trocar



Dibujo de IGUAL RUIZ.

La mantilla y el mantón, por su feminidad, han sobrevivido gallardamente al espíritu práctico de la vida moderna, que lo ha mixtificado y renovado todo... El coche, el auto, el aeroplano. En nuestro vertiginoso vivir, todo cambia apenas nacido, especialmente la moda... Sombreros, capas, trajes, flor de un día, apenas gozan de actualidad. Sólo la clásica mantilla y el mantón permanecen inmarcesibles y como una rosa más al beso de la primavera renacen en el áureo jardín de una plaza de toros, o en la procesión andaluza de una semana santa... ¿Qué cara no diviniza una mantilla, blanca o negra? ¿Qué mantón «de Manila» no hace un cuerpecito juncal?...

ALVARO RETANA

MENEGILDA, ASISTENTA

Cuando me despedí de aquella casa de la calle de Olavide, confesando a la señora el porqué de mi marcha, ella no pudo contener sus lágrimas y me recriminó con maternal enojo:

—¿Conque esas tenemos, Menegilda? ¿Embarazada de cuatro meses a los diez y nueve años? ¡Ay, mujer, mujer, cómo está el mundo! ¡Qué disgusto van a tener tus pobres padres cuando se enteren! ¿En qué habrás ofendido a Dios que así te deja de su mano? Y menos mal si tu novio, después de haberte dejado encinta, cumple contigo. ¿Por qué no me dices quién es y dónde vive, y yo iré a hablarle para que os caséis? ¡Muj-r, que todavía estáis a tiempo de reparar vuestra falta!

Yo escuchaba en silencio a la señora, que con su cara de santa, enrojecida por el llanto, parecía más dolida que yo de mi desgracia, y ella, tras una corta pausa, continuó:

—Me explico que hallándote en... ese estado no quieres permanecer más tiempo en esta casa. Las señoritas



BUENA DEFENSA

Dibujo de D'Hoy.

--¿No tiene miedo la señorita a quedarse sola?
--No, puedes marcharte tranquila, que me quedo con el señorito.

aquel humilde rebaño de mansas corderas, que regia la Virgen de Avila, en alborotadas daitas del patio de Monipodio.

La santa fundadora se impuso al rey, y logró que antecogiese su quebradero de cabeza y la trasladase a la fortaleza de Pinto, donde no dejó de visitarla con bríos de galán cabalgador, que fueron empinados escalones para su mal fin, hasta que la placentera princesa murió en pecado mortal, pero no harta de carne de pretina, en 1592 y en su señorío de Pastrana, cuando comenzaba a entrarse (todavía con muy buen donaire) por las añorantes y melancólicas veredas de la vejez.

Diego San José



MURMURACIONES

Dibujo de GARRÁN.

--La mujer de Luis tiene una magnífica escopeta.
--Pero ¿para qué la quiere si no sabe manejarla?
--No importa, se la cargan los amigos.



--¡Ven acá, «moreno»...!

Dibujo de LEBERIDE.

son solteras y como dices tú muy bien, no hay ninguna razón para escandalizarlas. Ese respeto tuyo a ellas te honra; pero te diré que aunque a ti te haya pasado esa desgracia, yo no por eso dejo de apreciarte. Eres una buena muchacha. Estoy muy contenta de tus servicios, y no quiero agravar tu desventura desamparándote. Cuando des a luz y te repongas, si no prefieres dedicarte a criar y convences a tus padres para que se encarguen del niño, puedes volver a esta casa cuando quieras, siempre que sea con propósito de enmienda. Hija, procura corregirte y ojalá esto te sirva de escarmiento para impedir tu caída al vicio. Piensa, mujer, que un desliz lo tiene cualquiera; pero evita que ese desliz sea tu hundimiento en el fango. ¡Ay, Menegilda, con lo que te queríamos en esta casa! ¿Y ahora qué vas a hacer, criatura?

—Pues... he pensado ponerme a asistenta hasta que me encuentre en meses mayores, y entonces... no sé... ya veré... Yo no quisiera enterar a mis padres de mi deshonra. Daré el niño a criar... Y puesto que usted no me rechaza... volveré aquí.

—Bien, muchacha, bien—aprobó la señora—. Tú no tienes que decir a nadie el estado en que te encuentras. Diremos que estás algo enferma y que te marchas una

temporada al pueblo con tus padres, y para que nadie te vea, procura ponerte a asistir en un barrio alejado de éste. Y ya sabes que si algo te hiciera falta, lo mismo antes que después de nacer la criatura, no tienes más que mandarme un recado, que yo incluso iré a verte. Hija mía, no seas mala madre, que la maternidad purifica a la mujer. Ten mucho cuidado con lo que haces y no aumentes tu falta con un nuevo crimen. Tú ya me entiendes lo que quiero decirte.

Verdaderamente que aquella señora era una bendita, porque yo tengo la seguridad de que aunque la hubiese revelado que el causante de mi embarazo era su propio esposo, no por eso hubiera dejado de aconsejarme con la ternura que lo hizo, ni se habría privado de favorecerme en cuanto estuviese a su alcance.

Cambié de barrio siguiendo sus inspiraciones y me coloqué como asistente en una casa de la calle de Alcalá, cerca de la plaza de toros. Todavía no estaba yo deformada hasta el punto de que saltase a la vista mi estado; pero examinándome con detenimiento se advertía que el grosor del talle y la anchura de las caderas eran las características de la mujer encinta. Yo procuraba ocultar mi estado, venciendo la repugnancia que la comida empezaba a producirme; sufría náuseas, desmayos, dolores de cabeza, y un malestar hasta entonces jamás sentido; pero yo sabía fuerzas de flaqueza y me dominaba a mí misma, temerosa de que el embarazo me inutilizase para el trabajo. Por aquella época, mi pobre madre enfermó gravemente, y yo, al llamamiento de los míos, no tuve más remedio que acudir con el corsé apretado hasta exponerme a reventar, y revistiéndome de aplomo para el evento de que mis padres descubriesen mi estado. Yo iba dispuesta a negar encarnizadamente, a reñir con ellos una batalla antes de confesar mi deshonra; pero todas mis prevenciones resultaron infundadas. Mis padres no advirtieron nada y atribuyeron mi gordura a esplendores físicos. La enfermedad de mi madre les absorbía y allí no se atendía a otra cosa que a salvarla de las garras de la muerte. El médico del marqués de Empinares, que por encargo de éste había ido a la finca en automóvil para ver a mi madre, declaró que los esfuerzos de la ciencia serían ineficaces, puesto que la pobre se moría sin remedio, y efectivamente cuatro días después la enterrábamos mi padre y yo en el cementerio del pueblo, y al día siguiente regresaba yo a la Corte, enferma también por la penosa impresión recibida.



---¡Ah!... ¿pero te conoce el camarero?
ELLA:---Sí... por encima... un poquito.

Dibujo de MARTÍN ROYO.

La muerte de mi madre afectóme de tal suerte, que cuando llegué a Madrid me encontraba con fiebre. Como carecía de amistades y no sabía a quién dirigirme para que me confortara, escribí una carta al causante de mi deshonra y él vino en seguida a verme, ofreciéndoseme incondicionalmente.

—Tú sabes muy bien—dijo él—que no soy un hombre rico; pero como tampoco soy un desalmado estoy decidido a prestarte mi ayuda hasta donde humanamente pueda. Justamente por estos días se me ha dado bien el juego y dispongo de unas pesetillas, así que te voy a instalar en casa de una comadrona de estas que tienen pensión para embarazadas, y chica... hasta donde llegue, llegará. Tú no estás buena, y no es cosa de que vayas a encerrarte a la casa de Maternidad. De modo que ahora mismo vamos a coger un coche y a ver pensiones hasta que tropecemos con una que nos convenga.

Yo me cubrí el rostro con un velo; tomamos un simón y juntos nos fuimos con *El Liberal* en la mano a recorrer diversas pensiones que se anunciaban en la cuarta plana. Estuvimos en dos sitios que no nos parecieron adecuados, el uno por demasiado lujoso y el otro por excesivamente modesto, y al fin, en la tercera casa concertamos mi instalación. El «morucho» pagó adelantado el importe de dos mensualidades y allí trasladé mi baúl con la ropa y unas economías que me restaban después de costear la enfermedad y entierro de mi madre.

A los ocho días de mi entrada en la casa se agravó el mal estado de mi salud y a consecuencia del disgusto que la pérdida de mi madre me pro-

dujera, según la comadrona, se malogró mi embarazo. El aborto me dejó extenuada; pero si he de ser franca, no me apenó gran cosa, porque representaba mi liberación. Yo nunca hubiera sido tan infame para provocarlo; pero puesto que Dios lo había querido, yo aceptaba la voluntad divina y respiré ansiosamente, prometiéndome ser más cauta para lo sucesivo.

Permanecí en la pensión los dos meses que el «morucho» había abonado, y cuando salí de allí restablecida, mi idilio con él había pasado a mejor vida. El no insistió porque reanudásemos nuestras relaciones, y al fin, egoísta como todos los hombres, prefirió separarse elegantemente, felicitándose de que su aventura conmigo hubiese tenido tan buen desenlace.

Yo volví a San Fernando de Henares, donde pasé unos días con mi padre al cual la muerte de mi madre había desolado, y le ayudé a poner en orden la finca. Cuando hablé de volver a Madrid, mi padre me indicó la conveniencia de visitar a una señora, parienta de unos señores que poseían una finca próxima a Empinares y que según él tenía entendido necesitaba una sirvienta.

Dicha señora vivía sola, era soltera y por lo respetable de su edad y la morigeración de sus costumbres, era una garantía para cualquier muchacha dedicada al servicio doméstico.

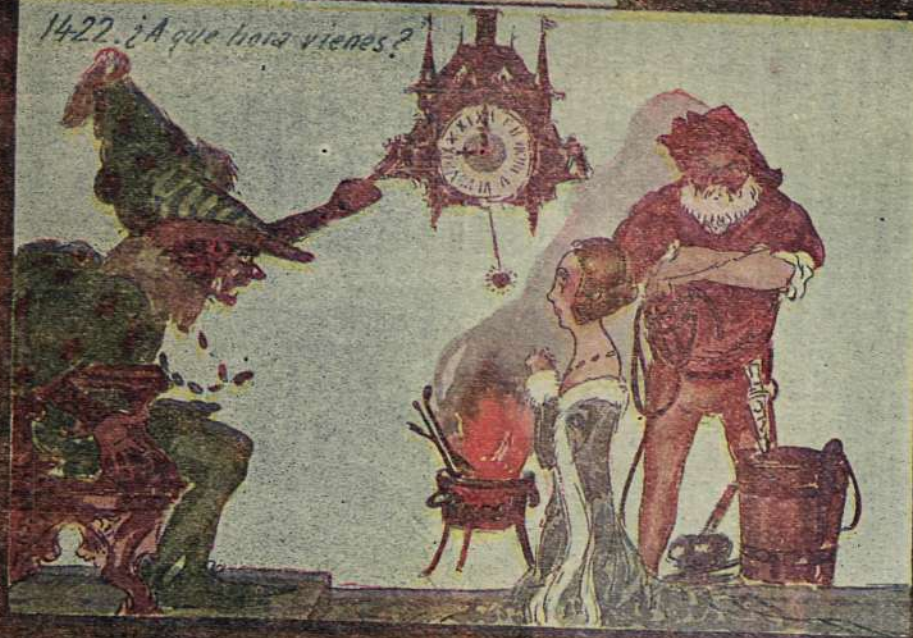
Yo le prometí a mi padre seguir su recomendación, y a mi regreso a la Corte me engalané con mis mejores ropas y me encaminé a la calle de Claudio Coello, esquina a Lista, donde vivía dicha señora.

La enfermedad me había hecho adelgazar y mi silueta había ganado en finura. El rostro resultaba más espiritual y ya no era la morena bravia de antes, sino que parecía una tiple de género chico interpretando un papel de doncella de casa grande. Mi señorita la «cocotte» me había enseñado a maquillarme discretamente, y lejos de embadurnarme el rostro con polvos blancos y pintarme con colorete las mejillas, a usanza cocinero, me idealizaba la cara con una ligerísima capa de polvos color crema y me dibujaba un poco los labios con la barra de carmín.

Ahora que han pasado tantos años y que veo las cosas con serenidad y sin apasionamiento, reconozco que en aquella época de mi vida, que ahora evoco, estaba yo como para comerme...

Alvaro Retana

Las costumbres



Las costumbres



Las peticiones



Las exigencias



El recato



El desahogo



El vestido

En 1822



El desvestido

En 1922



Como pensaba
La mujer

Como piensa
La mujer
por la recopilación
D'HOY 1922.

¡EUREKA, POR PEDRO DE REPIDE

Don Juan, deseoso de hacer una vida tranquila que reparase las goteras que su existencia anterior habían causado en el edificio de su excelsa y ex-robusta personalidad, decidió, harto de carne como el demonio, no meterse fraile, pero sí recluirse tranquilamente en una casita de campo, donde había establecido su residencia, no sabemos si perpetua o temporal.



POBRE HOMBRE

Dibujo de F. Hoy.

- No te esperaba. ¿Estás mejor, monín?
- ¡Sí! Algo mejor, sí, pero no me metas en muchos trotes.

Pero don Juan, hombre consecuente con la tradición, no podía vivir solo. Como era natural, no vivía tampoco con un canónigo, ni partía sus ternuras con un coronel jubilado o sin jubilar. Siempre consecuente con sus principios, tenía consigo una garrida moza mucho más atractiva que el señor La Cierva y Peñafiel.

Don Juan, víctima de sus años y de sus excesos, vivía entre Pinto y Valdemoro, habitando cierta quinta a donde le habían mandado sus amigas de otro tiempo. La Carmen, que era la guapa chica a que antes se ha hecho referencia, alegraba las horas del viejo pecador, que ya no estaba más que para sopitas y buen vino, y como para él la institución matrimonial era cosa aborrecible y deleznable, había recibido en servidumbre a la muchacha, cuya honestidad se veía obligado a respetar por múltiples razones, entre las que figuraban los recios puños de la chica, y los no menos fornidos hermanos de la misma.

De sus viejos gustos el único que podía seguir satisfaciendo sin que nadie le pusiese trabas para ello fué el de la bebida, vicio tan respetable como todos los demás, pues ya es sabido que esos amables deseos que son considerados como vicios por las pobres gentes sin paladar, constituyen, al contrario, verdaderas ejecutorias de saber comprender y venerar la vida.

Don Juan tenía puestos uno de sus diferentes amores en un tonel de rancio vino, que si Júpiter llega a conocer su existencia seguramente envía a Ganimedes en un

aeroplano para adquirirlo a toda costa, aún a trueque de ceder a don Juan el usufructo de Hebe.

Y aconteció que cierta noche que se hallaba el antiguo voluptuoso terminando su tenue refección, preséntosele un huésped que acababa de llegar en el correo de Alicante, y se disponía a pasar el siguiente día, que era domingo, en compañía de su viejo amigo. El apuro de don Juan era considerable. Estaba la despensa desprovista de vituallas, y la finca distante de poblado.

-Pero en fin—dijo al recién llegado—ya que comes mal, beberás bien. Precisamente guardo en la bodega un tonel de vino viejo que he reservado siempre para una buena ocasión. Está lleno porque no hice más que probarlo cuando me lo trajeron. La ocasión ha llegado y lo vaciaremos esta noche.

La Carmen, que había empezado a palidecer, acabó de perder el color que la quedaba cuando su amo la mandó que bajara a la cueva, y comenzara a subir jarras del néctar anunciado.

Y sin saber lo que hacía daba vueltas de un lado para otro.

-¿Que tienes miedo?—prosiguió don Juan—. Pues yo te acompañaré.

Y tomando por un momento licencia de su amigo, descendió a la bodega con la bella sirvienta.

La Carmen, que se había aprovechado de su dominio de las llaves para consumir poco a poco el contenido del tonel, no sabía cómo salir del apurado caso. Don Juan dió a la espita, y ¡oh, mengua! no salía nada.

-¡El vino se ha salido! ¡El vino se ha salido!—decía ella por no saber qué decir—. ¡Debe de haber alguna raja por aquí y el vino se ha vertido!

-¡A ver, a ver por donde está!

La Carmen, para hacer como que buscaba mejor, había subido en una escalera de mano, y como don Juan, que se encontraba verticalmente debajo de la moza, se le ocurriese levantar la cabeza y alzar el farolillo con que se ayudaba en su busca, no pudo comprimir un grito que valía por el famoso de Arquímedes.

-¡Ya la encontré! ¡Ya la encontré!

-¿El qué, señor?—pregun'ó la cándida criada.

-Nada—concluyó don Juan—que ya estoy viendo la hendidura por donde se ha vertido el vino.

Pedro de Répide



EL ARTISTA.—(Mientras su mujer flirtea con un amigo.) Siento como si me naciera algo en la frente. ¿Será la inspiración?... ¿Será la gloria?...

Dibujo de BEBERIDE.

En la «sangita sala» congrénganse las cortesanas cantando y riendo. Todas son jóvenes y hermosas. Disfrutan el mismo palacio. Se bañan en el mismo estanque de mármol. Perfúmanse con el mismo jugo de rosas de Ujain. Entre todas destaca Vasanterana, la favorita, de mirar blando y senos duros.

Sus labios, teñidos de carmín, sonríen picarescamente. Sus brazos enróscanse al cuello, como dos ramas a su tronco. La fresca lozanía juvenil derrama sobre su persona un inexplicable atractivo.

Recostada entre blandos cogines, escucha, distraída, la lectura del «Kutuka Sevasva»:

—Dice la ley: «No seas adúltera». ¡Insensata palabra! Tomemos por guías a los sabios y a los mismos dioses en sus obra y no en sus preceptos, que jamás cumplen. Indra abusó de la mujer de Gontama. Schenda sedujo a la prometida de su maestro. Jama robó a la esposa de Pandú, fingiéndose su marido. Y Mahadeva corrompió a las mujeres de todos los pastores de Uridaván.

Sólo los insensatos panditos, reputándose grandes sabios, tuvieron por delito estas cosas. Me dirán ellos:— «Tales son los preceptos de los Rischis». ¡No! Los Ris-

no suave, de aquella abejita curiosa. Todas las cortesanas tienen la mirada brillante, fatigada la respiración, los ojos vivos y los labios secos. En la «sangita sala» sólo se oye el rumor de los surtidores y el voznar de los pavos reales.

—Búscala, Vanaris. Encuéntrala—dice, casi en desmayo, la favorita de senos duros.

Y Vanaris, arruga los cojines, se acuesta junto a su querida Vasanterana, hace con su manita rubia juegos deliciosos, por entre el descote de la túnica.

—¿Dónde estás? ¡Pícaro! ¿Dónde estás?

Ante la guardia de «rupakas», cruza el rey de Ujain, alto, barbudo, negro por el sol de las cacerías. Penetra sigiloso en la «sangita sala». Presencia el espectáculo de ambas cortesanas echadas nupcialmente entre el corro de amigos ardorosos.

Vasanterana gime, gime:

—¡Anda, Vanaris! Busca más.

Vanaris, poseída de placer extraño, siente el contacto de ambos senos. Su mano los aprieta dulcemente. mientras sus labios secos pronuncian frases más dulces aún:

—Abejita, ¿libas la piel de Vasanterana? ¿O libas la miel de sus senos?

El rey de Ujain, con un gesto, manda a las cortesanas despejar. Tan abstraídas en sus juegos están las dos bellas amigas, que no advierten la orden, ni el despejo de sus compañeras. En la «sangita sala» quedan solos el rey y las dos cortesanas, que no lo han visto.

—Anda, Vanaris. Busca más...

Vanaris, triunfalmente, prende la abeja con los dedos.

—¡Te cojil, traidora, curiosa.

Entonces, encendida, incorporándose, la favorita arrebatada a Vanaris la abeja.

Y abriéndole el descote, se la introduce jugueteando.

—Anda, Vasanterana, busca — gime Vanaris, a su vez.

Vasanterana, con su manita juguetona, busca la abeja entre el descote de Vanaris.

Y el rey de Ujain alaba los juegos de sus favoritas...



—¡Oye, Rosita! ¿Cuándo te casas?
—¡Ay, chica, no sé! Dice mi novio que es muy joven y... no le viene bien todavía.

Dibujo de R. BERNARD.

chis eran impostores. Condenaban placeres que les vedaba su vejez. Prohibían goces que les estaban negados...

De repente, una abeja pósase entre los senos de Vasanterana, como entre dos manzanas gordas. La favorita da un chillido. Sus amigas y servidoras acuden a favorecerla.

—¡No la toquéis! Mirad. Mirad...

La abeja, entre ambos senos, va caminando, caminando. Sus alitas se plegan y desplegan, cosquilleando la piel suave. Los rostros, encendidos, se inclinan.

Vasanterana ríe, ríe. Siente un suave cosquilleo. Cierra los ojos. Muértese los labios. Es un placer desconocido del «Kamasutra».

La abeja ha resbalado entre la canal de ambos senos. Luego, metiéndose por la túnica, se ha perdido como en un bosque. Una mano, la mano rubia de Vanaris, juega en la túnica de su amiga.

—La buscaré. La encontraré.

Se extremece Vasanterana al contacto de aquella ma-



MÁS VALE ASÍ

—¡No asustarse! ¡No asustarse! Que hoy estoy que no puedo moverme con esta maldita ciática.

Dibujo de D'Hoy.

(Continuación.)

zaba ser caudalosa. Al unísono, Pedro Lanzarote sintió como un anogo como un dogal que le oprimiese el cuello. ¡Oh, esa dulce agonía espasmódica que dicen que disfrutaban los ahorcados!

Todo ello vino acompañado de unas repentinas y feroces ganas de dormirse, y, en efecto, antes de que la hubiese tocado a su fin, el coronel Pedro Lanzarote, héroe de la guerra del Norte y de las campañas de Cuba y Melilla, ayudante de órdenes de, se quedó dormido.

Inmóvil, tranquilo, parecía saborear aun más en aquella calma, el placer inmenso que, indudablemente, acababa de experimentar. Su cuerpo, vestido de americana, parecía la estatua yacente de la voluptuosidad burguesa, que, sin género alguno de duda, es la más guarra que se conoce.

Angustias abrió la boca y dió por terminada la tarea. Tenía la conciencia tranquila. ¡Bien había trabajado!

Con la cavidad llena de pasó a la habitación vecina, que era el cuarto de toilette, y allí se purificó. Lavó bien su, y tardó un rato en volver a la alcoba, en la que el bravo Lanzarote, con la aun en ristre, continuaba serenamente durmiendo.

—¡Vamos hombre, que no es para tanto!—dijo la asesina, creyendo que la actitud de él no era más que la prolongación del éxtasis amoroso.

—¡Qué tonto! Pues sí que te ha hecho efecto hoy.

Le dejó dormido, y continuó un rato divagando de un lado para otro de la alcoba. Cogió un periódico que había encima de una de las mesillas de noche y leyó un poco en él: luego sirvióse un vaso de agua y lo apuró de un trago con voracidad. Miró la hora en su diminuto relojito de pulsera: eran las siete en punto.

Volvió al lecho, comenzó a zarandear al amante.

—Vamos, Pedrín; que tengo que hablarte.

El cuerpo del coronel oscilaba en la cama de un lado para otro como un fardo manejado por un cargador poco hábil; los empujones de ella eran cada vez más fuertes.

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Anda hombre, no seas!

La palabra denigrante y divertida a un tiempo vino otra vez a sus labios. ¡Como si hablase con su marido!

Pero casi se le heló en los labios—¡aquellos labios que acababan de ejecutar la gran!—la palabra. Un temblor espantoso empezó a agitar a la infeliz mujer. ¿Qué era aquello?

Al coronel Lanzarote no se le oía respirar, y, por encima de eso, faltaba a todo su cuerpo ese álito inmate-

rial e impalpable que suele rodear como un nimbo a los cuerpos vivos.

Llena de valor, de ese valor inconsciente que suele asaltarnos en las situaciones de gran miedo, acercóse Angustias más a él, le pulsó, llegó a aplicar su oído al corazón de Lanzarote. ¡Nada!

En aquel cuerpo, que aparecía en la cama como chafado por un peso invisible, sólo una cosa parecía vivir todavía con vida propia: la, el imperativo categórico del hombre, que, apuntando aún al techo de la alcoba con cierta insolencia, parecía la bandera enhiesta e invencible en el mástil de un barco, sin fuerza humana que la arrie, mientras la nave toda se hunde en el fondo del mar para siempre.

Angustias, atraída por una fuerza misteriosa, clavó los ojos en aquella antena humana; poco a poco, la luz

de aquel faro se apagaba también: fué perdiendo aire como esos cochinillos de goma que agonizan lentamente, y doblóse por fin vencido sobre la abertura de las ropas de Lanzarote. La rendición era completa.

Y, como si no esperase más que aquella señal, Angustias no tuvo ya más que un pensamiento: salir de aquella casa, huir de aquel lugar lo más lejos posible.

La decisión se la impuso como algo fatal y que había de realizarse con toda premura.

La de Lanzarote, al doblarse sobre sí misma en aquél último gatillazo, parecía haberle esclarecido del todo la situación: en aquella estancia acababa de morir un hombre, y era ella la que le había asesinado.

¡Ella! ¡La muy! ¡La muy cochina!

Y temblando de un modo inverosímil, fué a buscar el sombrero y el abrigo a la habitación inmediata: se los colocó como pudo, y aun tuvo valor, después de coger el bolso de mano que

iba a dejárselo olvidado encima de un taburete del cuarto de toilette, de volver a la alcoba e inspeccionar bien por todos los rincones. En medio de su terrible azoramiento conservaba la serenidad suficiente para recordar—de haberlo visto en las películas—que, en estos casos, siempre se deja olvidado el asesino en el lugar del crimen algún objeto delator: el guante, el abanico, la pitillera, o simplemente el de goma irrompible.

¡Hubiera sido espantoso! Pero no, no quedaba nada. Salió de la alcoba sin volver la cabeza: no pudo ver así el último desmayo de la del coronel que, reducida ya a la humilde condición de una pasa de Málaga, pregonaba la vanidad de las grandezas humanas.

Joaquín Belda

(Continuará.)



—¿Y por qué es tu desafío con el duque?
—¡Hombre!.. Creyendo a su mujer soltera la hice ciertas proposiciones...
—Menuda plancha te tiraste... ¿y claro, él?...
—Me sorprendió tirándomela.

Dibujo de Ri-Te.

Aquel viejecito era una patena. Su alma debía de ser tan pulcra como su cuerpo, blanco, rosado, que parecía transparente, como de afeñique, con sus ojillos profundamente negros, como dos cuentecitas de azabache y con su pelambreira, abundante aún, de nítido algodón en rama. Yo lo veía comulgar diariamente, con edificante fervor; y, después, durante el día, topábame con él varias veces, por calles y paseos y, sobre todo, en el café del casino, revoloteando de mesa en mesa, siempre con unos papelitos entre manos: recibos, citaciones, papeletas... Debía de constituir aquello su *modus vivendi*. Ya he dicho que era limpiísimo y almibarado; diré ahora, como típico pormenor de su indumento, que sobre la cándida camisa anudaba una chalina de seda, y que, bajo ésta, no llevaba cuello. Hablaba... como necesariamente tenía que hablar: de un modo meloso y ensordinado y con un dejillo andaluz o extremeño, suave y resbaladizo.

Comenzó por saludarme, sombrero en mano, y desde lejos, como si a ello le autorizasen ya nuestros encuentros repetidos; después, verbalmente, al cruzarnos en la calle o en el casino; y, por último, amistosa y claramente, al pasar por junto a mi mesa, viéndome siempre solo; pues, por prudente consejo de quien conocía el terreno, me abstuve yo de entablar relación alguna en aquel pueblo levítico, hipócrita y vicioso, madriguera de beatos y de vagos.

Un día me asaltó en el café; y después de mil zalemas, dignas del maestro de ceremonias del propio sultán de Marruecos, me dijo con su voccecita aflautada y melosa:

—¡Gran ocasión! ¡Hay rifa!

Aquello creí yo que me revelaba el modo de vivir del viejecito.

Por lo visto, dedicábase a colocar papeletas para el sorteo de algún reloj, de la consabida capillita de taracea, de las indispensables tablitas al óleo, de alguna que otra odiosidad semejante, de las que la Suerte nos libre por siempre jamás, amén.

—¿Y qué es lo que se rifa?—pregunté yo, por no callar.

—¡Una virgen!—me contestó don Merengue de Fresca, poniendo los ojos en blanco.

—¿Una virgen?... ¡Hombre, por Dios!... ¡Eso, al señor cura, o a los frailes!...

—Todo se andará, señor mío—me contestó con una especial sonrisita, cuyo alcance, la verdad sea dicha, no comprendí en aquel momento. Contentéme con volver a preguntar:

—Y ¿de qué es la virgencita?... ¿De madera?... ¿De plata?... ¿Bordada en sedas?

—De...—y aquí el misterio llegó al ápice—¡De carne y hueso!...

—¿De carne y hueso?... ¿Está usted loco?...

—Un terroncito de azúcar cande!... ¡Un cogollito!... ¡Una mocita de catorce abriles que es una bendición de Dios!... ¡Ay, si no fuese uno ya tan viejo!...

Yo debí de poner una cara de perfectísimo idiota. Don Merengue continuó sin dar más importancia a mi estupefacción que a mi apóstrofe:

—Es un caso que se da en este pueblo con relativa frecuencia; no mucha, por desgracia; porque ¡como está todo tan malo!... Ya se irá usted *jasiendo*...

Y por entre sus labios de rosa dejó escapar una carcajadita comecida, recortada, justa.

Arrebolósele el rostro, brilláronle, encandilados, sus pequeños ojillos, y mostrándome un fajo de papeletas, me dijo, como si ya hubiésemos cerrado el trato:

—Son a cinco pesetas y un real de mi comisión. ¿Cuántas le dejo? Aun puede usted escoger...

Inconscientemente tomé una en mis manos. Era un papelito orlado de ringorringos de imprenta en cuyo centro, impresas también, se leían las palabras

Núm... RIFA

debajo de las cuales, y escrita a mano, con una tinta parduzca y descolorida, aparecía la cifra 8, con trazas de haber sido rasgueada por nana de mujer. Quedéme perplejo.

—Pero entendámonos—le dije—. ¿Qué demonio viene a ser esto?

—Pues mire usted, señor; mire usted: ¡caramba; que todo hay que explicárselo al señorito! ¡Je, je, je! Usted conoce a la

Ronca, ¿no?... Por cierto que ayer recibió dos mujeres de *mistó*, como las propias rcsas. Una de ellas cordobesa ¡guapa! un poquito bizca; la otra es murciana, blanducha... Bueno, pues la Ronca tiene una hija.

—¿De quién?

—¡Hijo, eso, ni ella misma lo sabe! «¿Usted que dice?»

—Digo que si es de la Ronca esa hija.

—¡De la propísima Ronca, señor! ¿Qué me va usted a decir a mí, que la he visto nacer? ¡Por cierto que hubo en la casa una juerga aquella noche! ¡La bautizamos con champagne! ¡Ay, señor, qué tiempos aquellos!... Bueno, pues como le iba diciendo: esa hija... Mire usted, ¡esa hija le va a dar muchos disgustos a su madre, Porque—«¿Usted qué dice?»—De tal palo tal astillazeh? Y como la chica le ha salido demasiado despabila!



dilla, la madre está, la pobre, que no calienta la camisa y con razón, porque el día menos pensado se le encalabrina con cualquiera, y ¡paf!

Este ¡paf! era para don Merengue muy expresivo. Yo comprendí toda su significación por el ademán picarescamente gráfico con que lo acompañó.

—¡Nada!—terminó—¡que se queda la Ronca a dos velas! «¿Usted qué dice?»

—¡Hombre, yo no digo nada!

—¡Je, je! (Dos golpecitos, solo.) Es una muletilla mía, ¡caramba! ¡Y que no puedo quitármela! Es cosa de la tierra... Pues, sí, señor. Así es que la madre se ha dicho —¿Sí? ¡Pues lo que se ha de empeñar, que se venda! Esoérate un poco, que yo te daré de pez, pa que reluzcas. Y naturalmente; que es lo que ella ha pensado: —Si va a venir por ahí un mamón que me la chifle y me la birle el día de mañana, pa que yo luego apenque con ella, pa eso no, hija; que más duros me llevas costados tú a mí. Y después de todo, puede ser que haya añadido: —¡Anda, que más temprano empezó tu madre! «¿Usted qué dice?» —¿No es eso? Total, y para no cansar; que la Ronca hace con su chica lo que la Torcida ha hecho con las suyas, y la Pagadora hizo con las suyas y con las ajenas. —«Don Santos, ¡rifa!» (porque un servidor se dice Santos). Y aquí está don Santos, que, menos a robar a todo se agarra, ganándose honradamente unas pesetas y haciendo, de paso, un favor a esa pobre mujer, que va tan de capa caída. «¿Usted qué...?» ¿Eh?

—Mire usted. A quien le va usted a hacer un favor es a mí. ¡Váyase usted de aquí con mil de a caballo, si no quiere usted que la cosa pase a mayores! Son ustedes un hato de sinvergüenzas.

—¿Puritano también? ¡Ay, señorito! Usted no conoce el mundo. Por lo menos, permítame usted que le diga que no conoce usted este pueblo... que es mundo también. Mire la lista de las papeletas tomadas ya, que guardo yo para mi gobierno, por si hay que avisar al agraciado. Solamente a usted, por ser quien es, me atrevo a enseñársela, rogándole que olvide los nombres que va usted a oír, y que va usted a ver.

—No, no; no me enseñe usted nada. No necesito...

—¡Permítame usted! El saber no ocupa lugar. «¿Usted qué dice?» Mire usted. . Número 16: don Ambrosio, ese viejo avaro, que no puede con las babas. Números del 20 al 30 y el 14, que estaba en blanco: el niño de las de Castrojeriz, ese que ha venido de Madrid medio físico y con la cara llena de parches negros, que parece un certificado de luto... Los cinco siguientes, desde el 31 al 35: su papá, el Marquesón, como aquí lo llaman. El 36 y el 7, el zopenco del Ruco, el marido de la Curra, la cocinera del Marqués... que dicen que está *rajá*, la pobre. Esta, Pepín, el montañés; ésta, el boticario nuevo. Aquí hay otra buena: el 3; los niños de Mencía, esos pelagatos arruinados; una papeleta para los tres hermanitos. Si les toca, pa' que saque la más larga; je, je... El 15, la Niña Bonita: Crispulo, el corresponsal del «Camino de Salvación». La tomó con los ojos cerrados, haciéndomelas barajar y santiguándose, para tener buena suerte... ¡Ah! ¿Y ésta?... ¡Esta es de oro! Mire usted, mire usted, aquí, donde pongo el dedo: número 50, pelao: don... Ya lo ve usted, pa que se convenza...

—¡No sea usted sacrilego! ¡Pobre señor!

—¿Yo? ¡Que no lo sean ellos! ¿A mí, qué me va ni me viene?... «¿Usted qué dice?»

Don Santos recogió sus bártulos y se fué, dejándome malhumorado y con pesares de no haberlo aplastado por su desvergüenza y por el chasco que me había dado. ¡Yo que le creía poco menos que un espíritu puro, encerrado en un cuerpo casi tan puro como su espíritu!

Naturalmente, yo no dije nada. ¿Qué iba a añadir a lo ya dicho? No dije nada. Callé, perplejo, asombrado, dudando aún si aquel tuno, echadizo de los señoritos del pueblo, querría, explotando mi credulidad, mi juventud y hasta mis hambres de célibe, prepararme alguna jugareta que sirviese de solaz a todos aquellos viciosos idiotas, para reírse de mí, primero, saboreando el fruto de su ingenio, y para ponerme en ridículo después, pregonando a los cuatro vientos la aventura.

No, no. Buen muchachito sí, pero no tanto. Los sabios aquellos de Villabontanda, si tal soñaron, se llevarían chasco conmigo.

En esto sí que pensaba yo; porque lo que es en *lo otro*, en que aquello pudiera ser verdad, y no redes de la impiedad y del pecado para llevarme a la picota de la befa, ¡vamos, que aquello no estaba en mis libros!

¿Cómo yo, pobrecito de mí, joven timorato y prudente, hijo de piadosísimos padres, todo pureza y temor de Dios, Luis, terciario, adorador nocturno y cuanto de religiosidad se quiera añadir a estas recomendables prendas mías, cómo yo, digo, iba a creer que hubiese en el mundo madres que no sólo comerciasen con la virtud y el honor de sus propias hijas, sino que «con menos vergüenza que la Puerta del Sol de la villa de Madrid»—según dijo el cura de Chaorna en su sermón célebre—sacasen este honor al mercado, y lo pregonasen públicamente, como cuartos de una res, o lo rifasen ni más ni menos que el cerdo de San Antón? ¡Vade retro!

Yo había ido a aquel villorio precisamente a sembrar la buena semilla. A organizar en él y en los lugares comarcanos la suscripción al periódico archicatólico «El Combate», que tenía en toda aquella región buen golpe de lectores, gente, toda, de las más altas prendas. Precisamente fué al señor cura párroco a quien fui recomendado. A aquel pobre señor, flor de santidad, que el canalla de don Merengue de los Demonios que carguen con él, había incluido en la lista de suscriptores, no al diario piadoso, sino a la rifa inmundita, monstruosa y satánica. ¡Vamos, hombre! ¡A buena parte venían, fuese en serio, fuese en broma, Belcebub, Satanás, Luzbel, Moloc, Ahrimán, Astarot, Tifón, Naga, Asmodeo, Báfomet, Pitón, Mamón, Belial, Pateta, don Santos y demás señores y mandatarios del Averno! ¡Jesús, María y José!

Mefistofélica debía de ser mi sonrisa de triunfo, pues —diabólica al fin—indujo al camarero a creer en mi caída; y el hombre, todo solazado, se me acercó frotándose ya las manos de gusto, diciéndome:

—Qué, ¿ha picado usted también, señorito? ¡Si este don Santos tiene una labia!

—Pero oiga usted, buen hombre—le dije—, porque usted tiene cara de buen hombre; dígame usted la verdad: ¿es cierto todo eso de la rifa?

—¡Caray, que si es cierto!—me contestó *compliceando* y sacando de la cartera uno de los nefandos papeletos—. Mire usted: el 29; mi edad. ¡Y que esta vez me toca el gordo! Todo lo que le ha dicho ese trucha es el evangelio; y algo que se calla; por ejemplo: que la vez pasada, cuando la Pagadora, este Santito Pajares deslizo buenamente unas cuantas papeletas dobles; que tocó la chica en una de ellas, y que al presentarse a cobrar el segundo agraciado, pues ¡no quiera usted saber! El jura y perjura que no, pero la Pagadora afirma que el tal se cobró en vivo, y que al pobre don Santos le salieron del cuero las coyundas. Aquello que dicen ustedes de la pena del Talón; ¡jojo por ojo!...

Tardé algunos días en ver al del ajo por la calle. En la iglesia, sí. Continuaba comulgando cotidianamente.

Una tarde topé con él en la alameda, de manos a boca. Viendo que nadie nos observaba en lugar tan solitario, a

ales horas, se acercó a mí frotándose las manos, y me espetó lo siguiente:

—Buenas tardes, aunque usted no quiera, señorito. Se perdió usted la gran cosa! Fueron casi todos al sorteo. Le tocó al 8. ¡Mire usted qué lástima!—y al decir esto, puso don Santos una cara así de larga—. ¡El 8! Una de las que yo le ofrecía a usted! La tomó don Poli. ¡Carpo, el maestro, ese hambriento, que alimenta a sus hijos con cuadernillos de Iturzaeta. ¡Qué ovación! ¡Se ganó el gran abucheo! Todos le daban achuchones y puñetazos. Me acuerdo que le dijo, con la mar de gracia, a uno de los chicos de Mencía: —¡Mañana te lo diré, cuando te repase la de moral, so golfo!— ¡Nos matamos de risa!... Tuvo que convidar a todos, porque si no, no lo dejan subir; y eso que el muy bárbaro se defendió como un héroe. Nada; unas botellas de cerveza... Y en seguida, en calentito, reclamó lo suyo con urgencia.

La chica estaba allí, muy peripuesta y emperifollada, presidiendo el sorteo, tan divertida, la indina. Y no crea usted que fué ella la que menos aiborotó y retozó, no; que ni su madre podía con ella. ¡Si hubiese usted oído a la Ronca! ¡Si la hubiese usted oído, imponiendo orden y formalidad! —¡Hija mía, que estas cosas son muy serias!

Y se le caía cada lagrimón como un puño. Pues, como le digo a usted, señor mío; que carga el maestro con la chiquilla y se me van los tórtolos al piso de arriba, al gabinete del mirador; y se arma la gran zapa y una de bofetadas que encendía el pelo: porque los chicos de Mencía se habían escondido debajo de la cama para darle la lata al profesor de moral, y éste se lió a mamporros con los tres, que los puso a caldo. La chiquilla se me escapó escaleras arriba con uno de ellos, y se encerraron en el desván, y tuvo que intervenir la madre, porque el bárbaro del maestro echaba la puerta abajo a puras coces.

—¡Que te cuesta cien duros!—le decía éste a la Ronca. — ¡Mira que como ese pipi desgracie a la chica, te cuesta cien duros de las cien papeletas! ¡Que te los saco del hígado! ¡Rediez, cuando la Ronca oyó lo de los cien duros y vió al maestro con las de matar! Le pega tal zambombazo a la puerta con las ancas, que saltó la cerradura hecha cisco. ¡Bueno! Que no faltó el canto de un duro para lo de la devolución. Si el chico no se asusta, se la birla al bruto de don Poli.

—¡Si me vas a matar, so golfa!—le decía la Ronca a la chica, arreándole candela. —¡Si lo tengo dicho yo, que me has de matar!

Al Menciita chico tuvieron que quitárselo a puñados al maestro, porque se lo comía, y no acabó de comerse lo del todo, porque tanto él como sus dos hermanitos salieron de estampía por el corral, piadosamente advertidos por un amigo: de que, muy de tapadillo, acababa de presentarse en escena el señor Mencía padre, interesadillo también en la rifa, y que iba el hombre a darse una vueltecita por allá para ver en qué paraba aquello.

Poco menos que arrastrando llevó la Ronca a su chica al gabinete, y, rebufando como un energúmeno, se coló tras ella el maestro, cerrándose por dentro a vuelta de llave. Apaciguáronse los ánimos.

A la Ronca, uno se le iba y otro se le venía, nerviosa como estaba la mujer, y con razón, porque la cosa no era para menos. —«¿Usted que dice?»—cuando de pronto —¡cá, no habían pasado ni diez minutos!—sentimos que en las alturas se reproducía el nublado. Voces, carreras, gritos, reniegos del animalote del maestro, chillidos de la mocosa, y el estallido de un par de bofetadas, como si pidieran café. Y cátese usted al bestia de don Poli, que a medio vestir, con los ojos como un besugo, echando espuma por la boca, y soltando ternos y tacos, se presenta en el salón y encarándose con la Ronca y trincándola por el cogote, mientras ella temblaba como una azogada, le dice, zarandeándola como a un muñeco:

—Oye tú, pécora: ¡A mí, tú, Prim!... ¡O me largas ahora mismo, pero que ahora mismo, mi duro y los duros de todos estos cabritos, que mi suerte me ha valido, o te los saco de las entretelas.

Bueno, y tira el hombre de cortaplumas, y abre una faca que tenía una lengua como una loncha de jamón.

—¡Don Poli, por Dios, cálmese usted!—imploraba la Ronca—. ¡Yo le explicaré a usted, don Poli!...

—¿Qué don Poli, ni don Narices? respondió el bárbaro—. Eso se queda para estos angelitos, que se tragan ruedas de molino; ¡pero a mí!... ¡Si de esto sé yo más que la negra que te soltó! La chica se la regalas al sereno, por si no tiene el hombre donde poner el chuzo.

Vicente Díez de Tejada



EN EL ESTANCO

EL POLLO.—Deme una señorita que tire bien.
—¡...!

Dibujo de AMADO.



ELLA.—Yo veo el porvenir de color de rosa.
EL.—Pues yo lo veo muy oscuro.

Dibujo de F. GALINDO.



LA NIÑA.—Oye, ¿qué le ha salido a esa mujer?
EL NIÑO.—¡Querrás decir que qué le ha entrado!

Dibujo de AMADO.

EL ARTE DE SENTARSE



En sociedad.

En casa.



En las Carreras.



En el Dancing.



En visita.



En el tren.



En el Cine.